

# Vicente Verdú

## El capitalismo funeral

La crisis o la Tercera Guerra Mundial



Pocas épocas en la historia han gozado de tanto desprestigio como ésta. Las características de la actualidad fueron correspondiéndose con un periodo de máxima decadencia. Ahora, por fin, un fenómeno ha frenado esta deriva: la Crisis. La llamada crisis financiera significa el ocaso de una cultura y acaso de un sistema, pero también el comienzo de otra etapa, quizás mejor, en la historia de la Humanidad. Se trata de una encrucijada propicia para que la Historia pase de ser fatalidad a convertirse en un proceso gobernado por los seres humanos. La globalización, internet y la televisión nos han mostrado los males que perjudican este mundo. El consumismo nos ha preparado para la crítica del objeto y la crítica de las imágenes. ¿Cómo no celebrar la quiebra del sistema? ¿Cómo no atribuirle una función depuradora? Frente al relativismo moral regresaría la disciplina de la Biblia, frente al dispendio llegaría el encanto de la austeridad. ¿Un cuento capitalista más? ¿El auténtico funeral de una era? Todo este libro se dedica a examinar y responder estas cuestiones.

*Para Rosa*

En los momentos de crisis, sólo la imaginación es más importante que el conocimiento.

*ALBERT EINSTEIN,  
cita difundida por internet*

## EL PORQUÉ

Puesto que las cosas se hacen por alguna razón, deseo decir que este libro ha sido escrito por el gusto de pensar esta época y el disfrute de escribir en sí. No está redactado para economistas ni mucho menos para catedráticos y profesores de economía, sean premios Nobel o no. Tampoco para profesores de segunda enseñanza que puedan contar a sus alumnos la crisis «con sencillez». No se trata de un libro complicado porque vale más la claridad, pero no descarto que, en ocasiones, queriendo tomar el sol salgan algunas manchas.

Será a mi pesar, pero también es verdad que la comprensión no tiene que ser siempre una secuencia racional, sino que entendemos muy bien a través de la intuición y los sentidos, como sucede en la poesía.

Por el aprecio de la poesía he disfrutado los mejores ensayos que recuerdo, y éste, desde luego, ha elegido ese camino. En realidad, tanto esta obra como todas las que he firmado han sido siempre «literalmente» ensayos: ensayos literariamente. Y su composición ha seguido el impulso hacia la experimentación que posee tanto la poesía como el ensayo. Al menos en sus especies más interesantes y atractivas, según mi opinión.

No pocos de los artistas y escritores que conozco suelen trabajar a partir de ciertos esquemas o esbozos preliminares que adelantan lo que será el libro o el cuadro. En mi caso y en el de otros colegas, no hay bocetos ni en las pinturas ni en los libros, el orden y los contenidos van hilvanándose al hilo de la confección. Antes no hay nada sino una concentrada emoción, como la que ha presidido este libro sobre la crisis, que va expandiéndose y complicándose con el desarrollo del texto en sus buenos momentos y en los malos también. La desventaja de actuar así es que uno no

sabe bien adónde va a parar, pero su recompensa superlativa consiste en ir descubriéndolo sobre la marcha. Como resultado, el producto nunca parece del todo obra del autor sino que el autor lo observa como un suceso y a la manera misma de la obra de arte que, siendo valiosa, será siempre más una obra del arte que del artista.

En cuanto a la emoción concreta que dio lugar a este libro, procede de la reacción ante dos tópicos muy repetidos y, al cabo, tan irritantes como estimuladores. La primera reacción nace de escuchar tantas veces la simpleza de atribuir esta Gran Crisis a un asunto de «regulación». La otra reacción proviene de la tabarra protagonizada por el calificativo «sistémico» que pretende ampliar y agravar el diagnóstico. Una explicación por corta y la otra por obvia forman los dos desafiantes pilares economicistas que, a mi parecer, achican el punto de vista hasta la mínima expresión. ¿Una «crisis sistémica»? ¿Sistémica de quién? ¿Del sistema capitalista, acaso? ¿Pero qué otro sistema conoce el diagnosticador en los últimos quinientos o seiscientos años? ¿En qué están pensando los analizadores? ¿En «sólo» la crisis del sistema económico? ¿Cómo sería posible aislar la disfunción del sistema capitalista de todas sus conjunciones, trenzados y adherencias al resto de los demás órganos del sistema político, moral, religioso, azaroso o sexual? ¿Cómo ignorar, a estas alturas, que el sistema capitalista se confunde con el alma de lo más real, físico y espiritual? Cosas de economistas, puede ser. Pero efectivamente chapados con la antigua idea del mundo como una máquina y no como un organismo interdependiente vivo y susceptible de pervivir, o de sucumbir como un todo si las cosas se ponen rematadamente mal. Tanto en el primer dictamen, referido a la avería financiera, como en el segundo, sobre el asunto «sistémico», sobrevuelan concepciones tan doctas como especializadas, tan rigurosas como acorraladas en su disciplina profesional.

Este libro viene a ser lo contrario de la especialidad, la profesión y el rigor. Tan opuesto a la disciplina como me parece que necesita ser un ensayo, porque de otro modo cómo podría llamarse así. Se trata de un ensayo, una escritura, un texto de diferentes texturas y vestimentas. Una réplica sin ánimo de victoria ante los muchos artículos y tratados sobre el origen del *crash* y las recetas técnicas para su tratamiento. Porque, de acuerdo con mi parecer y con el de otros, este colapso no es sólo resultado del mal funcionamiento de ciertas piezas financieras o de lo «sistémico» en economía, sino la crisis de una época ahora llena de colisiones entre factores, viejos, nuevos y novísimos que aún deben armonizarse entre sí.

Muy lejos pues de ser esto un *crash* económico, todo lo grave que se quiera, se trataría, para bien o para mal, de una falla en la historia de la cultura. Palabras demasiado trascendentes para que los economicistas las reciban con confort. Y demasiado trascendentes como para que la Iglesia no las emplee como marketing de su intermediación entre el mundo y Dios. Entre los sacerdotes de las cifras macroeconómicas y los profesionales de la eternidad han discurrido la mayor parte de las explicaciones en estos meses funestos, tan alicortas unas y tan sobrenaturales las otras. En suma, ¿cómo no sentir, ante la sensación de decadencia, paro y muerte, el desafío de ensayar una explicación acorde con este monumental fenómeno donde resuenan tanto los estruendos de un movimiento tectónico como los derrumbes de una simbólica Tercera Guerra Mundial?

## MÁS ALLÁ DE LO ECONÓMICO

Frente a las tertulias económicas sin fin, frente a los artículos de miles de analistas financieros, contra los admonitorios discursos sobre los pecados del sistema y sus terribles secuaces, hay que decir que continuar interpretando esta Gran Crisis en términos economicistas no es otra cosa que una actitud banal. Tan infantil como achacar los males que padece nuestro mundo al materialismo rampante, la desalmada conducta de los poderosos o la pérdida de religiosidad en las grandes ciudades.

En el primer supuesto, los economistas se erigen en los indiscutibles sabios del *crash*. En el segundo, regresa el colorista mito de un Dios bíblico que castiga el descarrío de la Humanidad mediante plagas y sevicias, empezando por la quiebra del rico y la general miseria de todos los demás.

La incomparable ventaja de estas explicaciones radica en que, como en los cuentos infantiles, son comprensibles para la muchedumbre. La realidad se simplifica y perfila a la manera de una fábula. Y así, en el caso del economicismo, el problema consistirá bien en que las autoridades e instituciones económicas fueron irresponsables y una enmienda legal sería muy oportuna, bien en que los activos financieros tóxicos envenenaron las aguas y después cualquier sorbo de liquidez no hará sino sentarnos mal. ¿Productos tóxicos de extraordinario riesgo? Efectivamente. Pero no sólo se trata ya de títulos viciados y derivados, sino de venenosas miasmas de una enfermedad más profunda que alerta sobre las dolencias de un sistema funeral.

En todas las importantes crisis capitalistas, desde la de los tulipanes holandeses (1637) a la de los valores de la South Sea y la de la Mississippi Compagnie des Indes (1720), desde el «efecto tequila» (1994) hasta los hundimientos de las punto.com (2001), se juntaron en diferente



proporción cuatro antecedentes: euforia y estabilidad social, acusadas desigualdades de rentas, consumo desequilibrado y desprestigio moral de la época.

*Homo bulla est*, decían con tino los moralistas romanos. Pero ¿cómo no se iba a arriesgar y burbujear en plena cultura de consumo, en la que la aventura, la emotividad y el cambio forman su parte esencial? Y cuando, además, la amoralidad, la corrupción y el fraude se extendieron como un carnaval de época? ¿Cómo no asumir cierta cantidad de riesgo cuando muchos lo hicieron, sonaba la orquesta y la fiesta inducía a la trasgresión, la corrupción, la lenidad y los regalos del crédito?

Tres cuartas partes de las necesidades que existen en el mundo —dice Kurt Heinzelman (*La economía de la imaginación*)— son románticas, están basadas en visiones, idealismos, esperanzas, vicios, pecados y afectos. En consecuencia, la discusión profesional sobre la mala naturaleza de los activos y las *subprimes* acaba siendo una polémica parcial dentro de un problema de envergadura ética, psíquica y neurótica que incluso muchos meses después del cataclismo los economistas no muestran deseos de señalar.

La economía, la ciencia social matemáticamente más avanzada, es la ciencia humana más atrasada. Y ello obedece a que con frecuencia se abstrae de las condiciones sociales, históricas, políticas, psicológicas y caóticas, que son inseparables de las actividades mercantiles. Como consecuencia, los expertos económicos resultan especialmente incapaces para interpretar las causas y las consecuencias de las perturbaciones monetarias o bursátiles y de prever el curso de la economía incluso en el corto plazo.

Obedientes al cálculo, ignoran lo que no es calculable ni mensurable, como la vida, el sufrimiento, la alegría, el amor, el honor, la magnanimidad, la moda, la emulación, las comunicaciones y el mal humor. Su medida de la satisfacción viene a ser el crecimiento de la producción, de la

productividad o de los ingresos. La economía puede establecer con precisión las tasas de pobreza monetaria, pero ignora la subordinación, la humillación o el dolor que experimentan los pobres. Ignora, en otros casos, la confianza o la duda circunstancial en uno mismo y en el gobierno. Y la voluble, excitante o temeraria inclinación a apostar.

De hecho, «hasta que no comprendamos sustantivamente el origen de las especies financieras —decía Sebastián Edwards, profesor de International Business Economics en la Universidad de California— no comprenderemos la verdad fundamental acerca del dinero» (*Letras Libres*, diciembre de 2008). La verdad de que los mercados financieros, lejos de ser monstruos que deberían ser devueltos a su gruta, son espejos de la Humanidad y cada hora de cada día revelan la forma en que nos imaginamos a nosotros mismos y el mundo que nos rodea.

Pero ¿quién sabe ver e interpretar esas imágenes? ¿Quién es capaz de hacer hablar a los espejos que llevan a la especulación? De hecho, ¿quién no sospecha que los supervisores o las instituciones reguladoras, los gobiernos nacionales, las cumbres internacionales no son otra cosa que un ritualismo primitivo destinado a tratar de simular, mediante vanas liturgias, el tratamiento del mal?

Las burbujas económicas y sus vidas poseen la compleja condición de un organismo y no, desde luego, el comportamiento lineal de una máquina. Las burbujas contienen tanto de sinrazón como de inextricable razón colectiva, y se desarrollan de un modo incomparablemente más complejo que las *storytelling* (cuentos sencillos) divulgadas a granel para satisfacción de los peor informados.

De otra parte, ¿qué decir, además, del furor con que el periodismo ama las noticias bomba? Simples pero contundentes. Tan simples como latigazos, lo que conlleva que toda información deba ser tan impactante como irrecurrente y poseer la restallante apariencia de lo insólito.

Toda información busca ser así menos estadística que apocalíptica y obtener buenos rendimientos del posible caos que crea. Los falsos reportajes, montajes publicados tanto en provincias como en las páginas de *The New York Times*, la sustitución de lo real por lo efectista, el hecho por el espectáculo, trazan los caracteres del mundo mediático, directo y explosivo. Nada demasiado complicado vale la pena. Nada proceloso se puede aguantar.

Víctimas o culpables. Malos y buenos. Esto es lo que desea conocer el público con la mayor nitidez. Pero víctimas aquí son todos, acaudalados y obreros, negros y blancos, hombre o mujer, mientras los culpables son no se sabe bien. Un día se desenmascaran las malvadas instituciones monetarias, otro se detiene a estafadores como Madoff o Stanford, otro se señala a los bancos de la esquina, a los irresponsables neoliberales, a Milton Friedman, Alan Greenspan o Adam Smith.

El desfile de la delincuencia no es del todo falso, puesto que alguna verosimilitud requiere lo literario, pero, efectivamente, el mundo viene a ser demasiado promiscuo e interactivo como para seguir repitiendo un *thriller* de ladrones e incautos, conspiradores y manipulados.

Desde que el capitalismo existe, las crisis han ido presentándose con una periodicidad de veintidós meses entre 1854 y 1919, y con un intermedio de tres trimestres en las dos últimas décadas. En casi todas tuvo que intervenir el gobierno para restablecer el equilibrio, pero siempre sobre un diferente solar. Precisamente las tesoras más graves sirvieron para que el sistema actualizara sus instrumentos y renovara tanto su dotación tecnológica como la organización y la ideología de su porvenir.

Con ello, no se estaría asistiendo a ninguna cosmética ni tampoco a una oportuna martingala del sistema, sino sencillamente a la torsión capitalista necesaria para cumplir sus imprescindibles metamorfosis en cuanto organismo vivo. La

diferencia, sin embargo, sobre otros periodos adversos es que en esta ocasión el sistema parece removerse no para reacomodarse, sino que muestra signos de angustia y señales de impensable consternación.

Los mecanicistas del siglo XIX y los automovilistas del siglo XX trataron a la sociedad y a los coches como ensamblajes, y así como era posible recobrar el funcionamiento sustituyendo las bujías averiadas por otras nuevas, parecía posible reparar el *crash* sustituyendo o corrigiendo alguna de las piezas. Así viene a ser la idea de aquellos que atribuyen el presente colapso al desajustado quehacer de las instituciones, a la sinrazón de unos cuantos o a la incompetencia del Fondo Monetario Internacional.

La clave consistirá, sin embargo, no en la deficiencia de algunas piezas importantes del aparato económico, sino que, como hace ya tiempo explica la tesis de la complejidad en física o en neurología, lo importante no son las partes sino, especialmente, las conexiones entre ellas. Como había observado Joseph Schumpeter en 1939, a propósito de las fluctuaciones cíclicas, las fluctuaciones capitalistas no serían, «como amígdalas, órganos aislados que puedan tratarse por separado, sino, como latidos del corazón, parte de la esencia del organismo que los pone de manifiesto».

Ni el cerebro es un mecano ni tampoco son un mecano internet y el abigarrado universo de la globalidad. Mucho menos ahora que la arquitectura en red (redes parciales e integrales) se aborda en términos de nexos y nodos, de los que depende la perturbación general, a menudo tan impredecible como el relámpago de una explosión.

Éste es el caso de la actual crisis, cuyo mayor parecido es acaso la Primera Guerra Mundial. La Primera Guerra Mundial, la Gran Guerra, fue el Big One, el seísmo gigante que esperan desde hace años los californianos. La Segunda Guerra Mundial fue, en comparación con el terremoto, una gran réplica tectónica de la Primera y no puede ignorarse su concatenación. La Primera, en cambio, estalló en unas

circunstancias que, por su localización a principios de un siglo y por el hastío de la época, presenta determinados parecidos con la situación actual.

El malestar social, el malestar de la cultura, el notorio desprestigio de la época que se vivía a comienzos del siglo XX y la misma ansiedad intelectual hacia «otro mundo posible», se hallaban presentes tanto entonces como en las vísperas de la actual calamidad.

En general, el siglo XXI, desde su famoso estreno milenarista repleto de inquietantes profecías, ha venido flirteando con la amenaza fantasma, el riesgo creciente, la certeza de que «algo muy grande —y trágico— tenía que pasar».

La corrupción (política, económica, religiosa, deportiva, municipal), la proclamada pérdida de valores en la juventud, la decadencia de la escuela, de la justicia, de la moral pública, la degradación hiperconsumista, el hiperindividualismo, el relativismo, la muerte del planeta, los videojuegos, el apaleamiento de las focas, han sido tenidos por denotaciones muy aciagas.

Otro mundo debe ser posible, nos decíamos, puesto que de éste hemos llegado a estar hartos. Así pensaba precisamente buena parte de la sociedad antes de que estallara la Gran Guerra del 14 y así ha venido a ocurrir, más o menos, ahora. El mundo se daba por carcomido, y para gozar de una existencia sin tantas taras, más ecológica y solidaria, más justa, sana y longeva, era preciso el advenimiento de un mundo después.

Parecerá exagerado, pero el desafecto por el prolongado periodo de prosperidad en los comienzos del siglo XX explicaría, en gran medida, la amplia popularidad de que gozó la Gran Guerra durante sus inicios, lo que a su vez ayudó a condicionar la forma, la duración y la intensidad de su desarrollo.

Las guerras —como las crisis— estallan por una chispa, sea el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sa-

rajevo o las hipotecas *subprime*, pero algo va anunciando que la gran explosión se halla cerca y será inevitable de un momento a otro, tal como el desorbitado precio de los pisos o los corruptos campos de golf deshaciendo las huertas como plagas hacían presagiar.

El mundo, aquí o allá, se preparaba para una explosión, la bomba iba cebándose en el terrorismo internacional, en el crimen organizado, en la economía canalla, en la falacia de los medios, en la especulación inmobiliaria, mobiliaria o alimentaria que, en casi todos los ámbitos, iba creando una ficción o un doble al costado de lo real y de cuya contigüidad empezaba a prepararse una descarga atronadora como la forma más contemporánea de ser.

La Humanidad, que con Homero había sido objeto de contemplación para los dioses olímpicos, ha venido a ser la noticia bomba para ella misma. Su alienación, de sí misma para sí misma, ha alcanzado ese grado que la hace convertir su propia destrucción en una sensación desgraciada pero de máxima calidad teatral. Éstas son palabras aproximadas de Walter Benjamin hace medio siglo, pero hoy, con el capitalismo revestido de millones de pantallas, la realidad se contempla a través de miles de imágenes y ya nada que importe realmente dejará de ser objeto de una autopsia espectacular.

Todos esperaban secretamente esta catástrofe que anticipaba de vez en cuando algún arúspice, pero así como nadie puede saber en qué instante un montón de arena llegará a desmoronarse al ir añadiéndole pequeñas porciones, tampoco nadie podía fechar el momento de la quiebra, y enseguida resultó grotesco culpar a las *subprimes*, a la codicia o a los Madoff.

¿Responsables por tanto todos? ¿Responsable la extenuación de una época? La doctrina de Benedicto XVI, ejemplo insigne de la decadencia, ha pretendido aprovechar la hecatombe para condenar los pecados del mundo y ofrecer la alternativa de la seguridad en la fe de Dios? ¿To-

dos pecadores? ¿Culpables todos? *À moitié coupables, à moitié victimes, comme tout le monde*, decía Sartre, sin descartar, seguramente, que unos fueran más culpables o desalmados que otros.

El sistema nos miente y nos abraza, nos identifica, nos mima, nos besa y nos arrasa, nos ha cobijado y ahora nos hunde. La gran convulsión en la que nos hallamos a comienzos del siglo XXI posee el carácter de un fin de época y a la vez, lógicamente, se erige como una *epoch-making*. Así fue la condición de las dos grandes posguerras mundiales, y especialmente después de la Primera el pensamiento y la visión del mundo, el arte, la ciencia, el deporte, la mujer, la enfermedad, la política, el dinero, la muerte o el erotismo quedaron perturbados.

O, de otro modo, sería imposible de entender que el mundo fuera lo mismo el día después. ¿Y cómo será de otro modo? Cualquier lote de predicciones suele ser tan imposible como entretenido, puesto que toda correcta proyección del porvenir necesitaría tener en cuenta los ignorados elementos que vendrán a componerlo. ¿Para qué especular? ¿Por qué especular? ¿Adónde lleva especular? El amor por la aventura, la compulsión a cambiar objetos y sujetos, la necesidad de experimentar, la intensidad del presentismo, la asunción del terrorismo y del accidente, el amor a las basuras, la desintegración del dinero, el contagio global, la revolución horizontal, el capitalismo de ficciones, son los precedentes que llevan a esta crisis como apoteosis final. Fin de fiesta más allá de lo económico. Zafarrancho total.